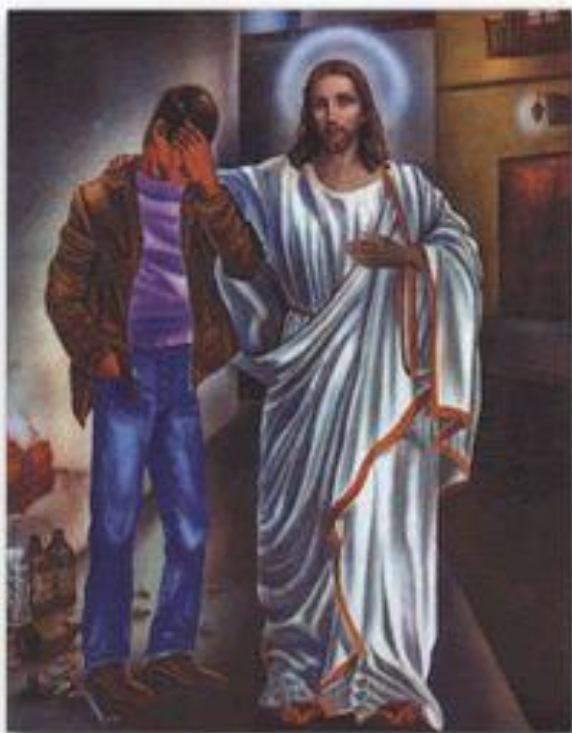


III.4 LA MAGIA DEL PERDÓN

El sacramento de la misericordia



Imaginemos un juicio. El reo se declara culpable de todos los delitos graves que se le imputan y que están establecidos en el código penal. El juez dicta sentencia: “Absuelto”. Pensaríamos que se ha cometido una injusticia, pues a cada cual hay que darle lo que se merece; y un culpable tiene que pagar por sus delitos cometidos.

Ahora contemplamos a una persona de rodillas que delante de un hombre, sacerdote, va exponiendo todos sus pecados, leves y graves. Con ojos humanos juzgaríamos que está haciendo una locura, y que el castigo caerá sobre él. El sacerdote, ministro de la Iglesia, que representa por un lado a Cristo y por otro a toda la comunidad de fieles, escucha en silencio y dicta sentencia: “Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Vete en paz”. E impone una penitencia como don, siempre pequeña en comparación a los pecados cometidos, que el acusado cumplirá para purificar su alma y ser más grata a los ojos de su Padre Dios.

Podríamos decir que se ha cumplido una injusticia porque no se cumple una pena, pero nuestro Padre ya ha sido satisfecho por su Hijo Jesucristo. Todos nuestros pecados han sido cargados sobre Cristo y Él cumplió la pena debida por nuestros delitos, muriendo en la cruz.

A nosotros lo único que se nos pide es que tengamos un sincero dolor de nuestros pecados, ya sea por el temor al castigo eterno, ya sea por amor a Dios. Este dolor de los pecados se manifiesta en un abandono en la misericordia de Dios y, por lo tanto, en acusarnos de todos los pecados cometidos, sabiendo que al Señor no le podemos engañar nunca, y en mantener un deseo de no volver a comernos. Siempre será anhelo, pues nos conocemos pecadores y capaces de volver a ofender a Dios.

Pero la “magia” del perdón no termina ahí. Salimos de ese abrazo paterno de amor reconfortados, llenos de paz, alegría y con el alma llena de su gracia. Es como si en lugar de castigar nos premiara por haber pecado. ¿Qué juicio humano es tan benévolo con el malhechor? Parece mentira que no amemos, a veces, el sacramento de la Penitencia.

A san Josemaría le gustaba verse como un cacharro de barro lleno de lañas: “¿No os habéis fijado en las familias, cuando conservan una pieza decorativa de valor y frágil –un jarrón, por ejemplo–, cómo lo cuidan para que no se rompa? Hasta que un día el niño, jugando, lo tira al suelo, y aquel recuerdo precioso se quiebra en varios pedazos. El disgusto es grande, pero enseguida viene el arreglo; se recompone, se pega cuidadosamente y, restaurado, al final queda tan hermoso como antes.

Pero, cuando el objeto es de loza o simplemente de barro cocido, de ordinario bastan unas lañas, esos alambres de hierro o de otro metal, que mantienen unidos los trozos. Y el cacharro, así reparado, adquiere un original encanto”¹.

Seguramente si san Josemaría hubiese conocido la técnica japonesa del *kintsugi* le habría gustado mucho. Es una técnica para arreglar fracturas de la cerámica con barniz de resina espolvoreado o mezclado con polvo de oro, plata o platino. Forma parte de una filosofía que plantea

¹ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n.94.

que las roturas y reparaciones forman parte de la historia de un objeto, y que deben mostrarse en lugar de ocultarse, incorporarse y además hacerlo para embellecer el objeto, poniendo de manifiesto su transformación e historia.

Así actúa la confesión. Después de rompernos por el pecado, la acción del Divino Modelador hace que el alma quede embellecida y tenga más valor que antes de caer. Esas junturas brillan en la vida de una persona, que no tiene que esconderse avergonzada. Por el contrario serán las condecoraciones de su lucha para alcanzar el amor de Dios.

A Dios le agrada que hagamos las cosas bien, porque sabe que Él es el que nos empuja a hacerlas así y nos acompaña con su gracia a terminarlas lo mejor posible; pero también le agrada que pidamos perdón cuando hacemos las cosas mal, incluso puede que le agrade más ya que, de esta manera, puede manifestar de una forma más clara quién es Él: el Amor, la Misericordia.

Esa es la experiencia de todos los santos, personas que pensamos que no deberían confesarse mucho por la integridad de sus vidas y sin embargo, como se sentían tan necesitadas del Amor de Dios, acudían a la penitencia con mayor asiduidad. Así nos lo contaba santa Teresa de Calcuta: "El otro día un periodista me hizo una curiosa pregunta: "¿Incluso usted tiene que confesarse?" Sí, le dije. Me confieso cada semana. "Entonces Dios tiene que ser muy exigente, si hasta usted tiene que confesarse".

Seguro que su hijo a veces se equivoca, le dije. Y ¿qué ocurre cuando viene y le dice "papá, lo siento"? ¿Qué hace usted? Lo rodea con sus brazos y lo besa. ¿Por qué? Pues porque esa es su manera de decirle que lo ama. Dios hace lo mismo. Nos ama tiernamente. Por lo tanto, cuando pecamos o cometemos un error, lo que debemos hacer es servirnos de eso para acercarnos más a Dios. Digámosle humildemente: "Sé que no debería haber hecho esto, pero incluso esta falta te la ofrezco".

Si hemos pecado o cometido un error, digámosle: "¡Lo siento! Me arrepiento". Dios es un Padre que perdona. Su clemencia es mayor que nuestros pecados. Él nos perdonará"².

² Santa Teresa de Calcuta, *El amor más grande, el perdón*.

Y contaba una anécdota que le había sucedido a una hija suya, Misionera de la Caridad: “El otro día me llamó una hermana para contarme que uno de los jóvenes estaba agonizando, parecía que no pudiera morir. Entonces ella le preguntó:

–¿Qué te pasa?

–Hermana –le contestó–, no puedo morirme mientras no le haya pedido perdón a mi padre.

La hermana consiguió saber dónde se encontraba su padre y lo llamó. Y ocurrió algo extraordinario, como una página viva del Evangelio. El padre abrazó a su hijo llorando:

–¡Hijo mío! ¡Hijo mío tan querido!

–¡Perdóname! ¡Perdóname! –le suplicó el hijo.

Los dos se abrazaron tiernamente. Horas después el hijo murió”³.

Con la práctica frecuente de la confesión, al sabernos perdonados del todo de nuestros pecados, seremos capaces de emprender la aventura más complicada que tenemos los hombres, que es el saber perdonar de todo corazón. Hasta que no nos sumerjamos en la infinitud de la misericordia de Dios, no tendremos la capacidad de perdonar.

Nuestra Madre, que es nuestro paño de lágrimas, acogerá nuestro corazón contrito: “Dirígete a la Virgen, y pídele que te haga el regalo –prueba de su cariño por ti– de la contrición, de la compunción por tus pecados, y por los pecados de todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, con dolor de Amor.

Y, con esa disposición, atrévete a añadir: Madre, Vida, Esperanza mía, condúceme con tu mano..., y si algo hay ahora en mí que desagrada a mi Padre-Dios, concédeme que lo vea y que, entre los dos, lo arranquemos.

Continúa sin miedo: ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen Santa María!, ruega por mí, para que, cumpliendo la amabilísima Voluntad de tu Hijo, sea digno de alcanzar y gozar las promesas de Nuestro Señor Jesús”⁴.

³ Santa Teresa de Calcuta, *El amor más grande, el perdón*.

⁴ *Forja* 161.